

Como por un tubo

Es así como nos dicen que los adolescentes deben acceder a la vida laboral. En este caso el tubo es la formación superior. Y el sonsonete de que no se puede perder ni un segundo se acompaña de un elogio al “by pass” en el que se pretende convertir el colegio: un mero ejercicio de calentamiento preuniversitario.

Podría pensarse, que esa situación, que padres y menores aceptan alegremente, con convicción casi religiosa y sin espíritu crítico, debería conducir a sólidas decisiones vocacionales y ocupacionales. Los chicos ya viven la universidad en el colegio, ¿no? Ya se expresan como abogados, médicos e ingenieros, ¿no? Ya hablan con entonación de chiquiviejos sobre los puentes que van a construir, las operaciones que van a practicar y las causas que van a defender, ¿no?

Pues, en mi experiencia de profesión de colegio, docente universitario y psicoterapeuta, nunca he visto, como en los últimos cinco años, tantos jóvenes que se pasan en los primeros ciclos - vale decir, jalan buena parte de los cursos-, se sienten profundamente inseguros en cuanto a las razones por las que se encuentran en la universidad y, sobre todo, el acierto de sus elecciones vocacionales. Un porcentaje importante quiere cambiar de carrera - lo cual no es malo en sí-, pero también, se hartan de los estudios y miran hacia horizontes que significan un lapso sin hacer nada, eso que los padres y muchos marqueteros de la educación superior temen tanto.

Claro que las causas de lo que comento también se encuentran en una oferta muy variada en cuanto a carreras, pero los adultos deberíamos comenzar a valorar una educación escolar que no sea un by pass y una universidad en que se permita a los estudiantes explorar un tiempo a través de estudios básicos previos a la especialización. Habría que recordar que los que llegan más lejos son los que tienen una base de conocimientos amplia y no tubular.